

Anotaciones para la historia del convento San Felipe El Real de Madrid¹

POR

RAFAEL LAZCANO GONZÁLEZ

Del convento San Felipe el Real, de Madrid, todos los lectores de esta revista hemos oído hablar e incluso leído su nombre varias veces en la vida, aunque ciertamente unos más que otros por razón de edad, circunstancias y oficio. En sus casi tres siglos de vida (1547-1836, salvo el periodo de la invasión francesa, 1808-1814, y parte del trienio liberal, 1820-1823), San Felipe el Real llegó a ser famoso desde temprana edad, no solo por sus gradas, que recorrían la mayor parte del edificio, repletas de gente de todo tipo y condición la mayor parte del día, o porque su nombre apareciese citado en obras de escritores de los siglos XVII y XVIII, historiadores y cronistas de la Villa y Corte de Madrid, sino porque en él se llevó a término un rico programa de vida religiosa, cultural y científica.

La fundación se debe en gran medida a Santo Tomás de Villanueva, a la sazón predicador de Carlos V y al entonces príncipe Felipe, pero sobre todo al siempre hábil y diligente fray Alonso de Madrid, prior del convento de Chinchón (Madrid) en 1544, quien consiguió la aprobación apostólica del papa Paulo III y la licencia del Ayuntamiento de Madrid. La nueva fundación adoptó la advocación del apóstol San Felipe, novedosa en la Villa, y posteriormente se añadió el adjetivo “el Real”; muestra de gratitud, reconocimiento y aprecio al Príncipe.

El convento quedó inaugurado oficialmente el 9 de marzo de 1547, si bien la construcción del mismo e iglesia aneja llegaría más tarde, prolon-

¹ MEDIAVILLA MARTÍN, Benito, *El Convento de San Felipe el Real de Madrid*, Editorial Agustiniiana, [Guadarrama (Madrid) 2017], 358 pp., ilustr.

gándose hasta la primera mitad del siglo XVII, debido en gran medida a las ampliaciones, reformas y renovaciones, que exigían tanto las actividades conventuales y el número creciente de religiosos como el programa que iba trazando la provincia de Castilla, pues no en vano fue la sede o casa del provincial de Castilla. El edificio conventual dispuso de cuatro plantas, rematado con buhardillas, sin elementos decorativos, sobrio y sencillo, de arquitectura próxima a la herreriana (p. 88), con patio cuadrangular y claustro principal a su alrededor, decorado con temas de iconografía agustiniana en la parte baja, y en la superior se ofrecían once lienzos con la Pasión de Cristo, obra de Antonio Arias Fernández. En el centro del claustro había una fuente, coronada por un cisne de plomo, luego conocida como Fuente del Cisne. Uno de los lados del claustro daba a la iglesia y el resto a las dependencias conventuales, cuya distribución puede observarse en la planta general del convento e iglesia (p. 48), levantada por el arquitecto José María Moreno García (p. 75) de acuerdo con la Planimetría de 1750, además de la maqueta de León Gil de Palacio y los grabados del siglo XIX (pp. 82-84). Las plantas entre sí se comunicaban por una esbelta escalera principal, próxima al patio central, que exhibía escenas de la vida de Cristo, y por otras escaleras secundarias.

Una pieza importante del convento San Felipe el Real fue la biblioteca, de construcción tardía e impulsada por Luis Cabrera († 1648), quien hizo la fábrica y los estantes para libros. Dejó también rentas abundantes para la adquisición de nuevos fondos bibliográficos y los gastos del bibliotecario. De esta biblioteca se hicieron varios catálogos, alguno incluso salió impreso (Madrid 1758). Además de la biblioteca conventual, varias celdas de frailes famosos, como la de Enrique Flórez, sirvieron de librería, con importantes manuscritos, documentos y colección numismática e incluso gabinete de Ciencias Naturales.

El capítulo cuarto, puesto bajo el título “La Iglesia” (pp. 91-133), reproduce con alguna variación y añadidos menores el trabajo que el autor presentó en el X Congreso Internacional de Historia de la Orden de San Agustín. (Madrid, 20-24 de octubre de 1997), publicado en las actas: *Conventos Agustinos*. (Madrid, 20-24 de octubre de 1997), I, edición de Rafael Lazcano, Institutum Historicum Augustinianum, Roma 1998, 293-337: 310-333. La forma de la iglesia, edificio adosado al convento, era rectangular en lo exterior y de cruz latina en el interior, con una cúpula en la intersección de los dos brazos. Abundantes noticias se ofrecen sobre las tres naves, una central y dos laterales, los pilares, el coro, la sacristía y las capillas, unas fun-

dadas por personas particulares y otras por cofradías, hermandades o congregaciones. Desde 1647 dispuso de una estatua en piedra de San Felipe, obra de Manuel Pereira, escultor barroco portugués afincado en Madrid, colocada en la pared de la puerta lateral de la iglesia. El primitivo retablo del altar mayor estuvo compuesto, seguramente, por nueve estatuas de madera, dos cuadros grandes y otros cuatro pequeños, y las capillas. Tras el voraz incendio de 1718 de la iglesia fueron renovados, según al estilo de la época, el retablo, la sillería del coro y el órgano. En este capítulo, el quinto, ni en el resto de capítulos del libro, he encontrado noticias históricas sobre el oficio de organista –solista, compositor, profesor de música, examinador, etc.– ni de los religiosos que ejercieron de organistas en San Felipe el Real.

El sexto capítulo ofrece un resumen de las cofradías, congregaciones y hermandades asentadas en San Felipe el Real, presentadas por orden alfabético del titular o patrono, y en dos secciones, antes y después del gran incendio del siglo XVIII. Este apartado se completa con la información dada sobre las capillas fundadas por cofradías en el capítulo cuarto (pp. 111-133). De cada una de las capillas se conserva abundante documentación de archivo, no explorada por Mediavilla, que daría pie para escribir varios capítulos más, y con todos ellos formar incluso una extensa monografía que tratase acerca de la devoción popular promovida desde San Felipe el Real. Se cierra el capítulo sexto con la indicación de algunos agustinos ilustres enterrados en San Felipe el Real, así como de otras varias personas seculares, lista que puede aumentarse notablemente, como sucede con Mateo Pros, librero francés fallecido en Madrid en febrero de 1631 y enterrado en San Felipe.

Sobre las lonjas, una en la calle Mayor y la otra en la Esparteros o lonja pequeña, construidas a ritmo lento como el convento, y las gradas de San Felipe, trata el capítulo séptimo. Debajo de las lonjas estaban colocadas las covachuelas, a modo de tiendas, con un tejadillo para protegerse de las inclemencias del tiempo. Su alquiler proporcionó a la comunidad importantes ingresos económicos, siendo en algunas épocas la aportación de mayor cuantía, que sin ella podía poner en peligro hasta la subsistencia de la comunidad religiosa (p. 241). En la lonja que daba a la calle Mayor había instaladas 34 tiendas, en su mayoría de juguetes, según Mesonero Romanos, si bien su número variará de acuerdo con el tiempo histórico y las circunstancias de la época (pp. 191-193). Tanto las gradas como la lonja alta eran el lugar más atractivo para los madrileños y el espacio de cita durante el día para numerosas personas de todo tipo y condición, unas veces en animada conversación socio-cultural y otras fabricando *fake news* –falsas noticias,

tan de moda en el momento presente—. Este lugar se conoce en la historia como “el mentidero de Madrid”. Desde finales del siglo XVII existieron adosados a la fachada lateral de la iglesia, en la lonja superior o alta, diferentes puestos de libros. Sobre la presencia de librerías, más de una decena a finales de siglo XVIII, y la promoción-difusión de la lectura, pensamiento y arte que se llevó a cabo desde las gradas de San Felipe no aparece, lamentablemente, ni una sola línea o referencia en la obra que presentamos.

El capítulo octavo presenta al principio y al final de modo general los efectivos de la comunidad agustiniana de San Felipe, acentuando el quehacer como casa de noviciado y de formación, tanto de Latín y Griego como de Humanidades en general, Filosofía y Teología. Se ofrece la lista de priores, bastante completa, si bien puede mejorarse todavía algo más. No pretendemos ser puntilloso en modo alguno, aunque ciertamente tengamos abundantes elementos para ello. En todo caso, ahora nos vemos obligados a indicar que el priorato señalado en página 206: “1647-1650: Francisco de Gamboa”, no se corresponde con la verdad histórica, dado que este prestigioso agustino se encontraba a la sazón de catedrático en la Universidad de Salamanca. El lector y estudioso puede confrontar esta información en múltiples autores, por ejemplo, en mi *Episcopologio agustiniano*, II, [Guadarrama, Madrid 2014], 1086-1092: 1087. El oficio de prior de San Felipe el Real lo desempeñó en los años señalados otro agustino, Francisco de Aguilera, quien, por cierto, ejerció este cargo en tres ocasiones: la primera, los años 1647-1650; la segunda, ausente del listado de Mediavilla, de 1657 a 1659; y la tercera vez durante el periodo señalado de modo correcto: “1665-1668”. Una prueba, existen otras, se encuentra en el libro de profesiones del convento San Felipe el Real, actas publicadas de modo abreviado en *Archivo Agustiniano*, año 2008. Sigue la exposición de la vida comunitaria con el rezo en el coro del oficio divino, pero nada encuentro expuesto sobre los cantorales y la librería de coro, tan rica como numerosa en ejemplares. No me detengo en ello, pues el tema daría pie para un largo artículo. El apartado de actividades musicales ofrece importantes noticias del quehacer de la Capilla de música, una de las más importantes de la Villa y Corte durante varias décadas, con actuaciones en la propia iglesia conventual, templos de Madrid y en varios municipios del arzobispado de Toledo. Los maestros de capilla están ausentes del libro que presentamos. Una laguna que será colmada próximamente mediante la aparición de una extensa monografía de José Antonio Gutiérrez Álvarez sobre esta importante cuestión cultural llevada a cabo en el convento San Felipe el Real. De momento, aquí van al-